

## EL INTELLECTUAL CONTEMPORÁNEO. UN VIAJE DE LA LUZ A LAS SOMBRAS

Paola P. Vásquez Almanza<sup>1</sup>

Este artículo es un análisis de la figura del intelectual dentro de la teoría social desde el Iluminismo hasta la Posmodernidad con la finalidad de hacer una clasificación y descripción de las distintas nociones de intelectual y de los atributos o funciones que se les otorga. Dicha clasificación de la figura intelectual permitirá debatir las implicaciones del trabajo intelectual en sociedades contemporáneas y especialmente abonará a un debate en torno a los intelectuales y su papel en sociedades democráticas en las que se suele diagnosticar su declive o muerte. El artículo concluye que a pesar de la desdibujada noción de la figura de intelectual que impera actualmente, los intelectuales siguen teniendo una importancia política y social que necesita ser repensada.

Palabras clave: Intelectuales, Modernidad, Posmodernidad, Democracia, Poder.

*This article is an analysis of the figure of the intellectual within the social theory from Enlightenment to Postmodernity in order to make a classification and description of the different notions of intellectual and their attributes or functions. This classification of the intellectual figure will promote a discussion of the implications of intellectual work in contemporary societies and especially will pave the way for a debate about intellectuals and their role in democratic societies where their decline or death is usually diagnosed. The article concludes that despite the blurred notion of the current intellectual figure, intellectuals still have a political and social importance that needs to be reconsidered.*

*Keywords: Intellectuals, Modernity, Postmodernity, Democracy, Power.*

---

<sup>1</sup> Candidata a Doctora en Ciencias Sociales y Políticas (con especialización en Sociología) por la Universidad Nacional Autónoma de México. Asistente de Investigación en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Correo electrónico: paovaal@gmail.com

## INTRODUCCIÓN

Comúnmente se considera que los intelectuales son hijos de la Modernidad y el proceso de secularización, también se les atribuye la función de críticos y movilizadores de la opinión pública. El origen del concepto *intelligentsia* en sí se puede rastrear hasta la Rusia zarista de finales del siglo XIX en la que el escritor Borbokin lo utilizó por primera vez para referirse a los críticos del *status quo*. Y si bien es cierto que el intelectual tal y como lo entendemos actualmente es una figura de la Modernidad, en la Antigüedad y el Medievo ya existían algunas figuras que cumplían un papel similar dentro de estas sociedades. La afirmación de que siempre han existido intelectuales está presente en la obra de Raymond Aron (1967) y en Norbert Elias (1994). Estos dos autores vieron en los escribas, letrados, artistas y sacerdotes de la Antigüedad y el Medievo a los antepasados del intelectual moderno. Puede que no se acepte del todo a los sacerdotes de la Antigua Sumeria como un antepasado directo de los intelectuales modernos, pero algo en lo que sí puede haber consenso es en el reconocimiento de la difícil y compleja relación que ha existido en todos los momentos de la historia humana entre los intelectuales y el poder. Es en esta relación entre el poder y el conocimiento donde yacen las discusiones más polémicas e interesantes que ponen en contacto al campo intelectual con lo económico, lo político y lo social.

¿Y qué se puede decir hoy en día del papel de los intelectuales en las sociedades contemporáneas? ¿Qué hay de la relación tirante entre conocimiento y poder dentro de las democracias? En los años recientes pareciera que estas preguntas que fueron tan importantes durante todo el siglo XX ya no lo son más. Se sugiere en la literatura especializada sobre intelectuales que los fenómenos de la especialización, la profesionalización, el neoliberalismo, el crecimiento de la industria de masas, la desaparición de las utopías sociales, la transición a la democracia y la explosión de medios de comunicación ha hecho de los intelectuales una figura prescindible dentro de las sociedades contemporáneas. Pero estas conclusiones no son del todo acertadas, puesto que aunque la figura del intelectual ha sufrido una metamorfosis y por tanto es menos sencillo reconocerla, los intelectuales siguen siendo relevantes dentro de las sociedades contemporáneas y por tanto, sus nuevas formas de relacionarse con el poder deben ser objeto de un profundo análisis.

Para entender y discutir la figura del intelectual en las sociedades actuales a continuación se realizará un breve recorrido por las distintas etapas de la figura del intelectual en la historia. Comenzando por la imagen clásica del intelectual-legislador en la Modernidad, cruzando el periodo de trance y los principales argumentos del supuesto declive/muerte del intelectual, para llegar a la difusa imagen del intelectual en las sociedades democráticas y así poner en duda su supuesta intrascendencia.

## EL INTELLECTUAL-LEGISLADOR Y EL ILUMINISMO

Para descubrir las mejores reglas de la sociedad, nos dice Rousseau en *El contrato social*, se necesitaría a un individuo extraordinario, una “inteligencia superior que viese todas las pasiones de los hombres sin experimentar ninguna; que no tuviese ninguna relación con nuestra naturaleza, conociéndola a fondo” (Rousseau, 1993: 39). Este ser extraordinario sería el legislador, aquél que podría “prepararse una gloria lejana en el devenir de los tiempos, trabajando en un siglo y gozando en otro.” (Rousseau, 1993: 39) Aunque no haya sido la intención de Rousseau depositar la tarea del “legislador” en manos de los intelectuales, en la Modernidad la concepción de estos últimos se ha vinculado continuamente con la tarea de ser “legisladores”, de ser faros que guían a la sociedad y desentrañan la naturaleza humana para comprenderla y mejorarla. El intelectual-legislador sería visto como un sujeto cuya inteligencia lo separa del resto y por tanto “flota por encima de la sociedad”, como diría Karl Mannheim retomando a Alfred Weber. Este papel atribuido al intelectual se puede comprender mejor si se le ubica dentro del proyecto de la Ilustración.

En los textos de Emmanuel Kant reunidos bajo el título de *Filosofía de la historia* encontramos un esbozo de lo que era el proyecto de la Ilustración; *grosso modo*, Kant dice que la emancipación de la humanidad se alcanza a partir del uso público y extendido de la Razón. El proyecto de la Ilustración consideraba posible que las personas comprendieran el universo mediante la razón y la investigación científica, y dentro de este esquema, el intelectual (entendido como filósofo, legislador o científico) sería el encargado de descubrir las leyes naturales y sociales que sirvieran para descifrar el funcionamiento del mundo, y así trazar como meta la creación de una sociedad más racional.

En este contexto, la figura del intelectual gozó de gran prestigio y fue percibida como la encargada de movilizar y dirigir la opinión pública para el bienestar general de la sociedad. Durante la Modernidad la influencia del intelectual se extendió a distintos campos de la sociedad. Sería un despropósito tratar de sintetizar aquí la importante carrera de los intelectuales modernos, ya que miles han sido las páginas que se han dedicado a la recreación de la bohemia, la participación de los letrados en distintos hechos históricos como la Revolución Francesa, el surgimiento de la intelectualidad como un grupo específico durante el *affaire* Dreyfus y de los importantísimos ecos que tuvieron en América Latina. Me gustaría únicamente retomar una reflexión de Alexis de Tocqueville sobre los principales actores dentro de la Revolución Francesa, ya que refleja de manera muy clara la percepción del intelectual y del papel que se le otorgaba dentro de la sociedad:

“No hubo pasión pública que no se disfrazara de filosofía; la vida política reflujo violentamente hacia la literatura, y los escritores, tomando en sus manos la dirección de la opinión pública, se encontraron por un momento en el lugar que suelen ocupar los jefes de partido en los países libres. *Nadie se hallaba en posibilidad de disputarles ese papel*” (Tocqueville, 2006: 253).

Estas líneas de Tocqueville permiten entrever el incuestionable papel que tenía la intelectualidad en la Modernidad. A su vez, reflejan la forma opuesta en la que se le percibe actualmente y que discutiré más adelante.

## TRANSE DE UNA FIGURA MODERNA

Los títulos de libros recientes, tanto de divulgación como académicos, evidencian la metamorfosis de los intelectuales. He aquí algunos ejemplos: *Last Intellectuals* (1987) de Russell Jacoby, *Where Have All Intellectuals Gone?* (2004) de Frank Furedi, *¡Qué se mueran los intelectuales!* (2005) de Armando González Torres, etc. Igualmente en la literatura e incluso en el cine observamos a una élite intelectual bastante empequeñecida y apenas tomada en cuenta. Me parece sintomático de este nuevo clima intelectual que en la película *Conocerás al hombre de tus sueños* (2010), Woody Allen ya no tenga como protagonistas a la élite intelectual neoyorquina de siempre, sino a unos intelectuales más preocupados por el dinero, la fama y el plagio exitoso que por la cultura.

Si se sistematiza y estudia la literatura sobre intelectuales se puede caer en cuenta de que con el advenimiento del siglo XXI y las transformaciones que éste ha traído, la figura del intelectual, su función y relación con los campos político, económico y social, se ha transformado sustancialmente. A fines del siglo XX e inicios del XXI, con la progresiva especialización, profesionalización y tecnificación, con el surgimiento de una nueva lógica del mercado, con el desencanto provocado por el fallecimiento de las utopías de mediados del siglo XX, con la transición a la democracia, el crecimiento del poder de los medios de comunicación y la erosión del espacio público, surgió una función distinta del intelectual. Desde hace aproximadamente dos décadas se viene declarando la muerte, decadencia y crisis de los intelectuales. Las razones de dicho decaimiento, argumentan algunos teóricos, son básicamente tres: 1) el arribo a la posmodernidad, 2) el desarrollo de una industria cultural de masas (o la mercantilización de la cultura), y 3) la especialización y profesionalización dentro del campo cultural. A continuación expondré breve y esquemáticamente dichas razones, para más adelante plantear el tema de la democracia.

## 1. LA POSMODERNIDAD

El diagnóstico que hace Zygmunt Bauman (2005) sobre la sociedad “posmoderna”, a pesar de tener momentos de gran lucidez, suele ser muy controvertido y en ocasiones endeble. Los planteamientos que sostienen el punto de vista filosófico de Bauman y otros teóricos de la posmodernidad, y que se han apoderado de buena parte de los estudios de la cultura, son: la idea de que no hay absolutos, de que un conjunto de valores son tan buenos y válidos como otros, de que no hay diferencia entre conocimiento y opinión, de que se agotaron los “metarrelatos” y de que no hay verdades que sirvan como puntos de orientación.

Me atrevo a decir que los planteamientos de los teóricos de la posmodernidad son frágiles y controvertidos, porque su principal argumento, la idea de que se acabaron los metarrelatos, es un relato en sí mismo, como escueta y claramente lo explica Niklas Luhmann (2010). Además, muchas de las reflexiones contemporáneas sobre la cultura se han visto sumamente distorsionadas por dichas teorías, y entre dichas discusiones se encuentra la del papel del intelectual. Veamos lo que plantea Bauman sobre los intelectuales.

Lo que mejor distingue la estrategia típicamente moderna del trabajo intelectual, dice Bauman (2005), es la metáfora del papel del “legislador”. Este papel consiste en “hacer afirmaciones de autoridad que arbitran en controversias de opiniones y escogen las que, tras haber sido seleccionadas, pasan a ser correctas y vinculantes.” (Bauman, 2005: 20) Mientras que, “la mejor forma de caracterizar la estrategia típicamente posmoderna del trabajo intelectual es la metáfora del ‘intérprete’. El intelectual-intérprete traduce enunciados hechos dentro de una tradición propia de una comunidad, de manera que puedan entenderse en el sistema de conocimiento basado en otra tradición.” (Bauman, 2005: 20).

No me interesa discutir a profundidad todas las implicaciones que tienen los planteamientos de Bauman, sólo me gustaría discutir uno: si el intelectual es únicamente un intérprete y sólo traduce enunciados de una tradición a otra, ¿qué permitiría (retomando el planteamiento de John Stuart Mill (1980) quien decía que a través de la confrontación colectiva de las ideas se descubre la verdad) jerarquizar y dirigir la discusión de manera conveniente? Insisto, nos encontramos en una época en la que una de las ideas que dominan es la de que el concepto de verdad debiera desaparecer del discurso público. Cualquier pretensión de validez es vista con recelo, pues se parte del supuesto de que la verdad es pura entelequia y que ninguna verdad puede ser demostrada.

Estas suposiciones nos ponen en aprietos, pues, por mucho que supongamos que existe actualmente una libre y equitativa circulación de ideas sin manipulaciones de ningún tipo, tendríamos que aceptar que todas las opiniones tienen el mismo aun cuando sean racistas u ofensivas. Por esta razón, no puede parecernos poco conflictiva y preocupante la noción relativista que se tiene de la verdad actualmente.

Seguramente Mill no estaría muy de acuerdo con lo anterior, pues para él la libertad de expresión y el debate no eran un fin en sí mismos, sino medios para mejorar la sociedad. Pero es evidente que al reducir el papel del intelectual a simple “intérprete”, es difícil distinguir lo banal de lo sustancial, lo justo de lo injusto, lo necesario y lo innecesario, lo correcto y lo incorrecto, pues no contamos con las categorías universales que confeccionaban y reproducían a los intelectuales modernos. El debate posmoderno, entonces, parece ser puro intercambio de opiniones donde acaba imponiéndose la más atractiva, la más espectacular o la más “novedosa”.

Frente a este escenario uno no puede evitar preguntarse lo siguiente: cómo conseguir medios de orientación bajo un clima posmoderno que nos sugiere la inexistencia de la verdad, y bajo una democracia que rechaza que una élite cultural jerarquice los temas a discutir dentro del espacio público. Retomaré esta importante pregunta al final del texto, por ahora continuaré con el tema de la mercantilización de la cultura, la segunda razón del decaimiento intelectual.

## 2. LA MERCANTILIZACIÓN DE LA CULTURA/CONOCIMIENTO

El conocimiento a partir del siglo XX se ha transformado en una mercancía barata, y actualmente lo que encontramos dentro de la esfera de lo público es un intelectual partícipe de la industria cultural de masas, quien la mayoría de las veces ajusta su trabajo a dicha industria, la cual funciona más como industria del espectáculo o del entretenimiento. El intelectual desde el siglo XVI se ha preocupado por encontrar un medio de subsistencia que no comprometa del todo la autonomía de su pensamiento. Y muchos intelectuales han encontrado en el periodismo una posibilidad de ganar dinero sin perder su relativa autonomía. Por ejemplo, Daniel Defoe a inicios del siglo XVII consideraba que el periodismo no sólo era una manera digna de ganarse la vida, sino que también era una actividad que motivaba la producción literaria. Pero el problema, dice Fernando Escalante, “es que los libros se venden, los artículos de prensa se pagan, los políticos otorgan premios y hacen homenajes” (Escalante, 2007: 321), lo cual anega al intelectual en la mar de la lógica de la industria del entretenimiento.



Lo sorprendente es que a sólo unos siglos de distancia de Daniel Defoe, el periodismo se ha convertido, para los intelectuales, en una estratagema para mantenerse en el mercado, para vender, y no porque escriban en los periódicos, sino porque su escritura debe tener la agilidad y la rapidez características del periodismo: “si son novelas, suelen estar a medio camino entre el folletín y el reportaje; si ensayos, son versiones ampliadas de artículos de opinión; trazos gruesos, temas de actualidad, mucho sentido común” (Escalante, 2007: 321).

El tema de los intelectuales y los medios de comunicación masiva resulta de lo más interesante, no sólo porque se discuta el tema de la autonomía intelectual, sino porque también se transparenta que debido a los desencuentros y encuentros entre intelectuales y medios de comunicación masiva se va fabricando la “popularidad” de los intelectuales, se comienza a adoptar el *Star System* dentro del campo intelectual y se finge la existencia de un mercado cultural democrático.

Para demostrar el hecho de que el mercado cultural no es del todo plural, desinteresado y democrático, basta recordar las cifras que nos proporciona Fernando Escalante sobre el mundo editorial en *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*. En esta obra Escalante nos da números y nombres de las editoriales que han sido utilizadas para crear monopolios dentro del mercado editorial. Dicha creación de monopolios, dice Escalante, no es del todo visible porque los grandes grupos tienden a mantener los nombres de las viejas editoriales que absorben (asimismo conservan algo de su diseño y de su línea tradicional de edición, los géneros o disciplinas con que los lectores pueden identificarlas, las colecciones, y con eso conservan también algo del prestigio de los viejos editores, aparte de ofrecer una ilusión de pluralidad). De igual manera sucede con la industria del cine y otros medios de comunicación.

Actualmente, debido a las transformaciones del espacio público (por ejemplo, que la celebridad otorgada por la televisión sea la más significativa forma de reconocimiento), los intelectuales difícilmente pueden ocultarse así en lo privado sin perder notoriedad o renunciar a la imagen de “líder de opinión” u “hombre exitoso” que tan valiosa resulta en una sociedad en la que el “éxito” es todo. Otro hecho interesante es que actualmente el intelectual se ha convertido en un “opinólogo”, un “todólogo” que asiste a los programas de televisión para hablar de sus productos intelectuales, pero también para opinar sobre cualquier tema sobre el que se le pregunte, desde su vida personal, pasando por la política y la física, hasta los desastres naturales.

Discutir la mercantilización del conocimiento sirve para observar las transformaciones que este fenómeno provoca en la concepción del intelectual y su función. Y es que con la influencia que ha tenido la lógica de los campos económico

(mercado) y político en el campo de lo intelectual, las nociones de autonomía (del poder, de la política, del mercado, de lo vulgar) y compromiso (con el arte, la sociedad, los desprotegidos, la razón, la justicia) se evaporan y pasan a segundo plano. Se abre paso entonces a un intelectual que sólo forma parte de un gran mecanismo cultural en el cual no se tejen cuestiones relacionadas con la política, economía, moral, ética. Podría considerarse que el ingreso del intelectual a la industria cultural lo aleja de la tradicional imagen del intelectual que se mira constantemente para cuestionarse, criticarse y buscar su sitio en el mundo.

Tal parece que el intelectual contemporáneo, al formar parte de la moderna empresa cultural, descarga su papel y trabajo de cualquier cuestión relacionada con el poder, la censura, la política, la economía... el trabajo intelectual se despolitiza completamente, el mercado lo reviste de cierta “neutralidad”. Se podría considerar que el conocimiento al convertirse en un simple producto a la venta deja de tener implicaciones sociales, políticas y económicas. Así las cosas, cada vez con menos frecuencia se cuestiona que hay de las ideas, pues quien lo hace es descalificado. Una consecuencia de esta manera “despolitizada” de concebir al intelectual y a su trabajo, es que el diálogo, la discusión, la crítica, están cada vez más en desuso.

### 3. ESPECIALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN

El tema de la especialización y profesionalización resulta de enorme importancia porque lo que yace en el fondo de la discusión es el problema de la delimitación entre los campos de lo intelectual, lo económico, lo político, y las tensiones que se producen cuando éstos se relacionan entre sí. La disputa sobre la especialización es la disputa sobre la autonomía del campo intelectual que tanto apogeo tuvo en los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Lo anterior se hace evidente al observar que el intelectual anegado en la profesionalización o especialización debe enfrentarse a las presiones ejercidas por el poder y la autoridad, éste debe decidir si va a trabajar para el poder como funcionario o consultor. Como bien lo diría C. W. Mills (2003), los expertos en repetidas ocasiones se ven obligados a vagar por el reino de la *Realpolitik*, y es que el político recurre al intelectual-experto para otorgar cierta legitimidad al poder y para que revista de un aire neutral, científico y desinteresado a las decisiones que son estrictamente políticas.

Muchos estudiosos de la especialización consideran que ésta limita las capacidades críticas del intelectual, debido a la estrechez del área de conocimiento desde la que se analiza un fenómeno. Edward Said (1996), por ejemplo, considera que la



especialización provoca la incapacidad para concebir el conocimiento y el arte como una serie de opciones y decisiones, debido a que la especialización sólo permite que se perciban en función de ciertas teorías o metodologías de un área muy reducida y limitada del conocimiento, es decir, la especialización va fragmentando el conocimiento en pequeñas islas que no mantienen relación alguna.

Dentro de estos temas se suelen discutir las transformaciones dentro de la academia. Por ejemplo, la creciente profesionalización académica y la especialización que somete a los intelectuales más jóvenes a recluirse dentro de los espacios universitarios, convirtiendo de esa manera a sus colegas en su principal público y a las revistas especializadas en su único medio de expresión y discusión.

A diferencia de los intelectuales modernos que poseían una vocación más universalista, “los más jóvenes se sitúan dentro de campos y disciplinas especializados” (Aguilar, 1998: 58). Lo anterior no es accidental, pues en buena medida los premios, plazas, salarios y promociones dependen únicamente de la dictaminación y evaluación realizadas por otros especialistas, hecho que afecta tanto los tipos de temas a los que se aproximan como el lenguaje y estructura de sus textos.

## DEMOCRACIA Y EL DECLIVE DEL INTELLECTUAL PÚBLICO

Los tres fenómenos revisados (posmodernidad, mercantilización del conocimiento, especialización/profesionalización) son piezas para entender el trayecto del intelectual, mas no son todas las piezas. Por esta razón a continuación exploraré otros elementos que ayuden a comprender el declive del intelectual contemporáneo. Principalmente me interesa tomar en cuenta lo que ha implicado hasta ahora la instauración de gobiernos democráticos y el conjunto de principios e ideas que se sostienen en su nombre. Pienso en la democracia como excepcionalidad en dos sentidos: a) históricamente es el más reciente y joven de las formas de régimen político; b) su consolidación es contingente, compleja, y no está exenta de regresiones.

En algunos escritos de Roger Bartra (1993), Morris Berman (2007), Harold Bloom (2009), Ralf Dahrendorf (2009), Fernando Escalante (2010), Frank Furedi (2004) o Tony Judt (2008), se asoma la hipótesis de que la democracia también ha contribuido a la transformación del intelectual. A pesar de los diferentes tonos, latitudes, campos y posturas desde la que estos autores discuten la relación entre intelectuales y democracia, su diagnóstico es similar: algo ha sucedido en los últimos treinta años, con el paso de los totalitarismos y autoritarismos a las democracias, que ha puesto en duda la relevancia de la figura intelectual.

Las reflexiones de Tony Judt sobre el tema son especialmente atractivas puesto que posee una visión más compleja del “declive” histórico de los intelectuales. En *Reappraisals. Reflections on the Forgotten Twentieth Century*, Judt señala que cierto cambio en la figura del intelectual con el tránsito a las sociedades democráticas era predecible. Bajo los autoritarismos y totalitarismos el trabajo del intelectual como portavoz era políticamente más significativo, dado que luchaba contra la represión y la censura explícita del Estado, mientras que en una sociedad democrática su papel se suele confundir con el de otras figuras que participan en el espacio público (comunicadores, locutores, etc.). Pero la crítica más lúcida de Judt se dirige al supuesto de que con la instauración de la democracia y la paulatina liberalización de casi todas las esferas de la sociedad, los intelectuales como críticos del poder no tienen lugar. Ejemplo de este supuesto, son los planteamientos de Ralf Dahrendorf (2009), quien afirma que en “tiempos normales” (léase, democráticos), el intelectual ha de desaparecer gradualmente al no tener aquel puesto político y público que antes tenía. En tiempos democráticos, escribe Dahrendorf (2009), la labor intelectual se ha despolitizado y sólo es útil en un plano muy básico.

El peligro de posturas como la anterior es que se olvida el poder político que siguen teniendo las ideas y los intelectuales. La figura del intelectual es tan necesaria en las democracias como en los totalitarismos, puesto que la supuesta despolitización de los intelectuales, las ideas y la cultura es sumamente política.

Tony Judt recurre a una frase de Hannah Arendt para advertirnos del riesgo que se corre al asumir irreflexivamente que en la sociedad democrática, por ser libre y pensarse como antítesis del totalitarismo, no hay censura, abusos o formas sutiles de manipulación de las ideas que deban ser cuestionadas y criticadas por los intelectuales. Aquí la frase de Arendt:

El más grande peligro de reconocer al totalitarismo como el curso del siglo sería una obsesión con éste al punto de convertirnos ciegos a los numerosos pequeños y no tan pequeños males con los que el camino al infierno está construido (citado en Judt, 2008: 19)<sup>2</sup>.

En este sentido, Tony Judt atribuye el rechazo a la intelectualidad en las actuales sociedades democráticas al deseo de dejar atrás los errores cometidos en el siglo XX que fueron consecuencia de las diversas utopías sociales que se desearon llevar a cabo. Para intentar sujetar los hilos que conectan la democracia con el “declive” de la intelectualidad, me parece oportuno retomar algunos de los pensadores emblemáticos que se preocuparon por definir el papel del intelectual en la

---

<sup>2</sup> La traducción es mía.

democracia. Asimismo quisiera rastrear el efecto directo o indirecto que estos autores tuvieron en teóricos contemporáneos.

## DEWEY, LIPPMANN Y LOS INTELECTUALES

John Dewey es uno de los pensadores emblemáticos de Estados Unidos y como defensor de la democracia popular a través de sus escritos buscó favorecer la realización de la democracia en cada esfera de la vida. En uno de sus libros más importantes, *La opinión pública y sus problemas* (2004), Dewey critica la primera sociedad capitalista que, según él, buscaba el control de las masas a partir del manejo de los bienes de consumo y los medios de comunicación masiva.

A diferencia de estudiosos como Alexis de Tocqueville o John Stuart Mill, que consideraban que más participación y mayor expresión popular no desembocaría necesariamente en mayor libertad, Dewey sostenía que el obstáculo que frenaba la conquista de la libertad de la sociedad estadounidense era el mercado capitalista y los “simulacros” de asociaciones que reprimían a la verdadera fuerza popular. Para John Dewey, el incremento, variedad y precio bajo del entretenimiento y espectáculo representaba “una poderosa forma de distraer a la gente de los asuntos políticos”.

Es complicado descubrir las columnas que sostienen *La opinión pública y sus problemas* si no se toma en cuenta el libro *Public Opinion* (1965) de Walter Lippmann, pues el primer libro es una respuesta a las ideas sostenidas en el segundo. Lippmann en *Public Opinion* plantea que idealmente la opinión pública es la fuerza que sustenta al poder democrático. Pero en la realidad, la opinión pública es distorsionada y se convierte en una simple apariencia. Por tanto, la inquietud de este autor radica en la posibilidad de que sea la ignorancia y no el conocimiento la que da poder a la democracia. Este autor analizó las tensiones que se generan en la democracia entre las jerarquías del campo intelectual y el igualitarismo. Y debido a su desconfianza en la capacidad de los individuos, Lippmann buscó una solución a los problemas de la vida pública en la especialización científica. En síntesis, se puede decir que el problema del público para Lippmann es resultado de la incapacidad individual, y sólo puede superarse con la intervención de una élite de expertos. Dewey ve el problema en la falsedad de las actividades asociativas controladas por la industria, y la solución la encuentra en la construcción de una “Gran Comunidad” y en “la mejora de los métodos y condiciones de debate, la discusión y la persuasión” (Dewey, 2004: 72).

Actualmente es difícil pensar que la distancia entre el Estado, los poderes corporativos y los ciudadanos pueda superarse a través de la simple conversación, el debate y la educación como aparentemente sugiere Dewey. Es complicado sobre

todo cuando en este momento la falta de una verdadera cultura democratizada es claramente reflejo de una desigualdad económica que no se ha podido corregir. Sucede algo parecido con el tema de la “corrección política”, como sostienen dos autores muy diferentes entre sí como son Christopher Lasch y Slavoj Žižek, quienes consideran que ese cuidado excesivo con las palabras, ese tacto al nombrar, es síntoma de nuestra imposibilidad de realmente cambiar las estructuras políticas y económicas de la sociedad.

Pasando a la herencia de Dewey, su influjo se aprecia en diferentes autores contemporáneos que también se han preguntado por el vínculo intelectuales-democracia. Investigadores como Christopher Lasch toman algunos de los argumentos de Dewey y en ocasiones los radicalizan. En el libro *La rebelión de las élites* (1996) Lasch hace suyas las siguientes tres ideas:

- 1) La élite intelectual/expertos está inevitablemente alejada de los intereses comunes. Sus intereses, al igual que su conocimiento, son privados (Dewey, 2004: 168; Lasch, 1996: 13).
- 2) La clase intelectual utiliza el argumento de que la inteligencia es un atributo o logro personal para preservar sus privilegios (Dewey, 2004:170; Lasch, 1996: 15).
- 3) La revigorización del debate público es el camino a la democracia (Dewey, 2004: 72; Lasch, 1996:142).

Estas tres ideas, al lado de muchas más, han fortalecido de manera fortuita o no una corriente de pensamiento, en ocasiones llamada antiintelectualista, que considera la estandarización y la homogeneización de los bienes culturales como un primer paso hacia una sociedad democrática que no esté a disposición de las jerarquizaciones culturales realizadas por la élite de intelectuales o expertos. Analicemos entonces si la homogeneización y estandarización de la cultura lleva indefectiblemente a la democratización de la cultura.

## ESTANDARIZACIÓN Y DEMOCRACIA

Theodor W. Adorno, John Dewey y Alexis de Tocqueville dedicaron alguna parte de su pensamiento al análisis de la cultura y su relación con la sociedad, la política y la economía. A pesar de algunas “apocalípticas” predicciones que hicieron del futuro de la cultura en la Modernidad y democracia (estupidización del individuo y vacuidad de la cultura: Adorno; mediocridad intelectual: Tocqueville; manipulación de la

sociedad a través del entretenimiento: Dewey), ninguno se imaginó lo que llegaría a ser la industria cultural de masas, la omnipresencia de los medios de comunicación o la fortaleza de la democracia liberal y capitalista en la que vivimos. Los procesos sociales, económicos y políticos se han desarrollado de forma diferente y más compleja de lo que esperaban estos autores.

De manera un poco irónica Dewey recordaba que Thomas Carlyle en algún momento de su vida dijo: “Invéntese la imprenta y la democracia será inevitable” (Dewey, 2004: 116). Y Dewey creyó que ciertamente la “uniformidad y la estandarización podía proveer una base fundamental para la diferenciación y la liberación de las potencialidades individuales” (Dewey, 2004: 172). Pero hoy sabemos que la supuesta “revolución” de la información no ha elevado el nivel de inteligencia pública, por el contrario, más información, más libertad, más medios de comunicación masiva, no han llevado a un debate político serio.

Sabemos también que los medios de comunicación son, para bien y para mal, “los intermediarios entre la cosa pública y el público, y de ese modo moldean a la opinión pública” (Álvarez, 2010: 356), lo cual deja a los espectadores desposeídos ante la relatividad de opiniones. No hay duda de que las personas están más informadas que antes y que el consumo de productos culturales es mayor a otras épocas, pero “la sobreabundancia de información no equivale a conocimiento, ya que éste exige una cultura previa, una formación intelectual, conceptos organizados que permitan hacer selecciones, plantear preguntas correctamente, interpretar los contenidos disponibles hasta la saciedad” (Lipovetsky y Serroy, 2009: 275).

Estos fenómenos nos llevan a cuestiones sumamente espinosas. Muchos de los planteamientos que se han revisado hasta ahora conducen a la conclusión, bastante extendida, de que en la democracia el intelectual ha de ser uno de los pilares que sostienen a la democracia y no un contra-poder que critique de raíz los males democráticos. En estos tres últimos decenios se ha dicho que ya no hay ideologías básicas que discutir (Fukuyama), que el intelectual en la democracia es un simple “corrector ocasional” (Dahrendorf) y que éste al ser un agente democrático sólo ha de subvertir el consenso en la medida en la que fortalezca a la democracia (Goldfarb).

El problema con estas concepciones “asépticas” del intelectual es que obvian el poder político del intelectual, y por tanto, dejan de discutir los diversos usos políticos que se hacen de las ideas. Pareciera que estos autores despolitizan el papel del intelectual en la democracia bajo el supuesto de que en la democracia no hay nada que debatir ni criticar como en los totalitarismos. A mi parecer, dicha concepción despolitizada del intelectual y su labor, es sumamente política y merece ser discutida.

## CONCLUSIONES: ¿NEOCONSERVADURISMO DEMOCRÁTICO?

Me gustaría iniciar este apartado relacionando el declive del intelectual, que hasta ahora hemos examinado, con algunas reflexiones de Jürgen Habermas (2002) en torno al pensamiento anti-ilustrado o neoconservador.

Con el supuesto “declive” de la figura del intelectual en la democracia, se ha llegado a plantear que con algunos ajustes es posible que el conocimiento especializado sea “significativo” y accesible para un gran número de ciudadanos, inclusive se ha hablado de la construcción de una “sociedad del conocimiento”. La dificultad de llevar a cabo dicha “sociedad del conocimiento” reside en un fenómeno que se gestó en la Modernidad. Como nos recuerda Habermas en sus *Ensayos políticos* (2002), con el proyecto de la Ilustración los correspondientes sistemas culturales de acción, los discursos científicos, las investigaciones morales y jurídicas, la producción y la crítica artísticas se institucionalizan como competencias de especialistas. Por lo que, inevitablemente, aumenta la distancia entre la cultura de los expertos y el gran público y, a pesar de los buenos deseos, “el crecimiento de la cultura por medio de la elaboración y reflexión especializadas no pasan sin más a disposición de la *praxis* de la vida cotidiana” (Habermas, 2002: 385). Este hecho, la lenta circulación del conocimiento experto a la sociedad, se complica al tomar en cuenta que en muchos sentidos la desigualdad económica disminuye las chances de acercarse al conocimiento. Y es más complejo si se contempla el uso económico y político que se hace de ciertas “políticas de inclusión” a los procesos culturales y educativos.

La mayoría de las políticas de inclusión a la cultura que se han generado en las sociedades democráticas parten del supuesto que antes examinábamos de John Dewey, retomado por Lasch, de que el conocimiento no es un atributo ni logro personal. Este supuesto ha generado, escudándose en el multiculturalismo y pluralismo, que cualquier intento de remarcar o privilegiar alguna forma de arte, manera de hablar o logro educacional sea rechazado. Actualmente, como lo imaginaba Tocqueville, los estándares de excelencia se miran con cierta sospecha, pues se considera que ninguna persona, cultura o forma de arte posee mayor mérito que cualquier otra. Cualquier tipo de excelencia intelectual es pensada como elitista.

El relativismo, la inversión en la educación masiva y la homogeneización de la cultura no han conducido a un florecimiento público de la ciencia, la cultura o del debate político. Al contrario, pareciera que las políticas de inclusión no buscan mejorar la educación de la sociedad, sino estandarizarla y eliminar el deseo de elevar los niveles de exigencia y excelencia. Actualmente se puede llamar cultura a lo que cualquier grupo o investigador desee (cultura de narcotráfico, cultura de la



pobreza, cultura de las mujeres, cultura *queer*), ¿pero de qué sirve este pluralismo cultural sin un pluralismo económico? Acaso no resulta necesario plantearse algunas preguntas como las siguientes: ¿En qué se está incluyendo a la gente? ¿Lo que actualmente tenemos es una cultura democratizada? ¿No es necesario para elevar verdaderamente el nivel cultural de los ciudadanos atacar el problema de la desigualdad económica? Me parece que estos cuestionamientos nos encaminarían a observar que los intentos democráticos de incluir a la gente en los procesos culturales ofrecen entretenimiento y no conocimiento. Y sobre todo, dichos intentos no apuntan a desarrollar al máximo las capacidades de la gente, sino a dar a cuentagotas una cultura de baja calidad.

Paradójicamente, al menos en el campo de la cultura, el relativismo, pluralismo y multiculturalismo no han significado el fortalecimiento de opiniones distintas que sirvan como voces disidentes en las sociedades democráticas, al contrario, han significado principalmente la “burocratización de la sociedad civil” como diría Roger Bartra. La manera en la que hoy se desea “democratizar” la cultura me parece sumamente conservadora y antiintelectualista. Este “rechazo a la liberación de la liberación”, la corrección política que se exige a los intelectuales y el desprecio por toda jerarquía cultural, implica una importante pérdida de la autonomía del campo cultural. Lo cual, insisto, ha de ser discutida pues es sumamente política y reveladora de un tiempo en el que se necesita repensar el papel del intelectual.

Estos temas no son tan simples y de fácil examen como lo sugiere en *La civilización del espectáculo* (2012) Mario Vargas Llosa, al contrario, el problema de fondo es mucho más difícil de encontrar, porque no se puede decir con certeza si nos encontramos ante un fenómeno efímero o si presenciamos el inicio de una transformación de larga duración y efecto. En la actualidad resulta desconcertante que la línea que dividía con tanta claridad a la izquierda de la derecha se haya desdibujado. Y aún más sorprendente es que la izquierda y algunos liberales se hayan unido a los conservadores en el momento en el que comenzaron a compartir varios argumentos. Por ejemplo, la izquierda que alguna vez rechazó al mercado por su explotación actualmente lo considera racional y humano. La izquierda que desdeñó la cultura de masas por su superficialidad ahora la encuentra rebelde. Aquella izquierda que admiró al intelectual independiente ahora lo considera elitista. El pluralismo y multiculturalismo que antes fueron considerados banales, son alabados ahora por la izquierda. Pareciera que el vacío dejado por las utopías de siglo pasado ha sido llenado por el pluralismo y el multiculturalismo.

A propósito de antiguas utopías e ideologías, Francis Fukuyama (2012) en la revista *Foreign Affairs*, apunta que la democracia liberal es la ideología dominante en casi todo el mundo, y agrega que existe una importante correlación entre crecimiento económico, cambio social y la hegemonía de la democracia liberal. *Grosso modo*,

lo que quiere decir Fukuyama es que la democracia liberal como ideología no tiene rivales, y quizá tenga razón, pues la izquierda ha remplazado las complejas construcciones teóricas por la banalidad del multiculturalismo, pluralismo y otras corrientes de pensamiento. Actualmente no se tiene una propuesta para un cambio político y económico de raíz. Las alternativas, piénsese en el alabado movimiento *Occupy Wall Street*, *Los indignados* o *#YoSoy132*, a pesar de sus discursos no son más que caminos dentro del mismo mercado o sistema. Estas supuestas utopías u opciones buscan modificar, mas no transformar el mundo. Y en este clima político, los intelectuales, por diversas razones, retroceden en nombre de la democracia, abandonando la utopía no sólo como visión del futuro, sino como una oportunidad para observar la realidad y sus diversas posibilidades.

Ya Pierre Bourdieu en 1993 vislumbraba la “demolición” o despolitización del intelectual como crítico, y advertía que este fenómeno era “tan peligroso como la demolición de la cosa pública”. Por tanto, repensar a los intelectuales en las sociedades democráticas no sólo es importante para el campo cultural, también lo es para la sociedad, porque sólo con una figura intelectual como contra-poder crítico que genere un debate político serio es posible poner en la mesa cuestiones que siguen pendientes como la desigualdad económica y el atraso que implica en temas tan esenciales como la educación, la salud, el empleo y las posibilidades de participación en la política y en lo público.

## BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Theodor W. y Eisler, Hans

1981 “El cine y la música”. Editorial Fundamentos; Madrid, España.

Aguilar Rivera, José Antonio

1998 “La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos. CIDE-Porrúa; México DF, México.

Álvarez Mendiola, Rubén

2010 “Los medios de comunicación como espacios públicos”. En: Merino, Mauricio (coord.). *¿Qué tan público es el espacio público en México?* (pp. 347-366). FCE; México DF, México.

Aron, Raymond

1967 “El opio de los intelectuales”. Ediciones Siglo Veinte; Buenos Aires, Argentina.

Bartra, Roger

2010 “Las redes imaginarias del poder”. Pre-Textos; Madrid, España.

\_\_\_2009 “La fractura mexicana. Izquierda y derecha en la transición democrática”. Debate; México DF, México.

\_\_\_1993 “Oficio Mexicano”. Grijalbo; México DF, México.

Bauman, Zygmunt

2005 “Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales”. Universidad Nacional de Quilmes; Buenos Aires, Argentina.

Berman, Morris

2007 “El crepúsculo de la cultura americana”. Sexto piso; México DF, México.

Bloom, Harold

2009 “El canon occidental”. Anagrama; Barcelona, España.

Boghissian, Paul

2009 “*El miedo al conocimiento. Contra el relativismo y el constructivismo*”. Alianza; Madrid, España.

Bourdieu, Pierre

2005 “Intelectuales, política y poder”. Eudeba; Buenos Aires, Argentina.

\_\_\_1996 “Cosas Dichas”, Gedisa; Madrid, España.

\_\_\_1991 “El sentido práctico”. Taurus; Madrid, España.

Bourricaud, François

1990 “*Los intelectuales y las pasiones democráticas*”. UNAM; México DF, México.

Briggs, Asa y Burke, Peter

2006 “De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación”. Taurus; México DF, México.

Dahrendorf, Ralf

2009 “La libertad a prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria”. Trotta, Madrid, España.

Dewey, John

2004 “La opinión pública y sus problemas”. Ediciones Morata; Madrid, España.

Dosse, François

2003 “*La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*”. PUV; Madrid, España.

Eco, Humberto

1968 “*Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*”. Lumen; Madrid, España.

Elias, Norbert

1994 “*Conocimiento y poder. Entrevista*”. Las ediciones de La Piqueta; Buenos aires, Argentina.

Escalante, Fernando

2010 “El escándalo interminable. Apuntes sobre el sistema de opinión pública”. En: Loaeza, Soledad y Prud’homme, Jean-François (coords.). *Los grandes problemas de México. Instituciones y procesos políticos* (pp.331-354). Colmex; México DF, México.

\_\_\_\_ 2007 “*A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*”. Colegio de México; México DF, México.

Fukuyama, Francis

2012 “The Future of History. Can Liberal Democracy Survive the Decline of the Middle Class?”. En: . *Foreign Affairs*, Enero/Febrero, pp. 53-61.

Furedi, Frank

2004 “Where Have All the Intellectuals Gone?”. Continuum; Londres, Gran Bretaña.

González Torres, Armando

2005 “¡Qué se mueran los intelectuales!”. Joaquín Mortiz; México DF, México.

Goldfarb, Jeffrey C.

2006 “Los intelectuales en la sociedad democrática”. Cambridge Press; Madrid, España.

Habermas, Jürgen

2002 “Ensayos políticos”. Península, Madrid, España.

Jacoby, Russell

1987 “The last intellectuals: American culture in the age of academy”. Basic Books; Estados Unidos.

Judt, Tony

2008 “Reappraisals. Reflections on the Twentieth Century”. Penguin Books; Estados Unidos.

Lasch, Christopher

1996 “La rebelión de las élites y la traición a la democracia”. Paidós; Madrid, España.

Le Goff, Jacques

2001 “Los intelectuales en la Edad Media”. Gedisa; Madrid, España.

Lesgart, Cecilia

2003 “Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80”. Homo Sapiens Ediciones; Buenos Aires, Argentina.

Lipovetsky, Gilles y Serroy, Jean

2009 “La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era posmoderna”. Anagrama, Barcelona, España.

Lippmann, Walter

1965 “Public Opinion”. The Free Press; Estados Unidos.

Luhmann, Niklas

2010 “La sociedad de la sociedad”. Paidós; Madrid, España.

Manheim, Karl

2004 “Ideología y utopía”. FCE; México DF, México.

Maldonado, Tomás

1998 “¿Qué es un intelectual? Aventuras y desventuras de un rol”. Paidós; Buenos Aires, Argentina.

Mill, John Stuart

1980 “Sobre la libertad”. Ediciones Orbis; Buenos Aires, Argentina.

Mills, C. Wright

2003 “La imaginación sociológica”. FCE; México DF, México.

Rousseau, Jean Jacques

1993 “El contrato social”. Atalaya; Barcelona, España.

Sais, Edward W.

1996 “Las representaciones del intelectual”. Paidós, Madrid, España.

Tenorio, Trillo

2000 “De cómo ignorar”. FCE; México DF, México.

Tpocqueville, Alexis de

2006 “El antiguo régimen y la revolución”. FCE; México DF, México.

Vargas Llosa, Mario

2012 “La civilización del espectáculo”. Alfaguara; México DF, México.

*Recibido: Julio de 2017*

*Aceptado: Mayo de 2018*